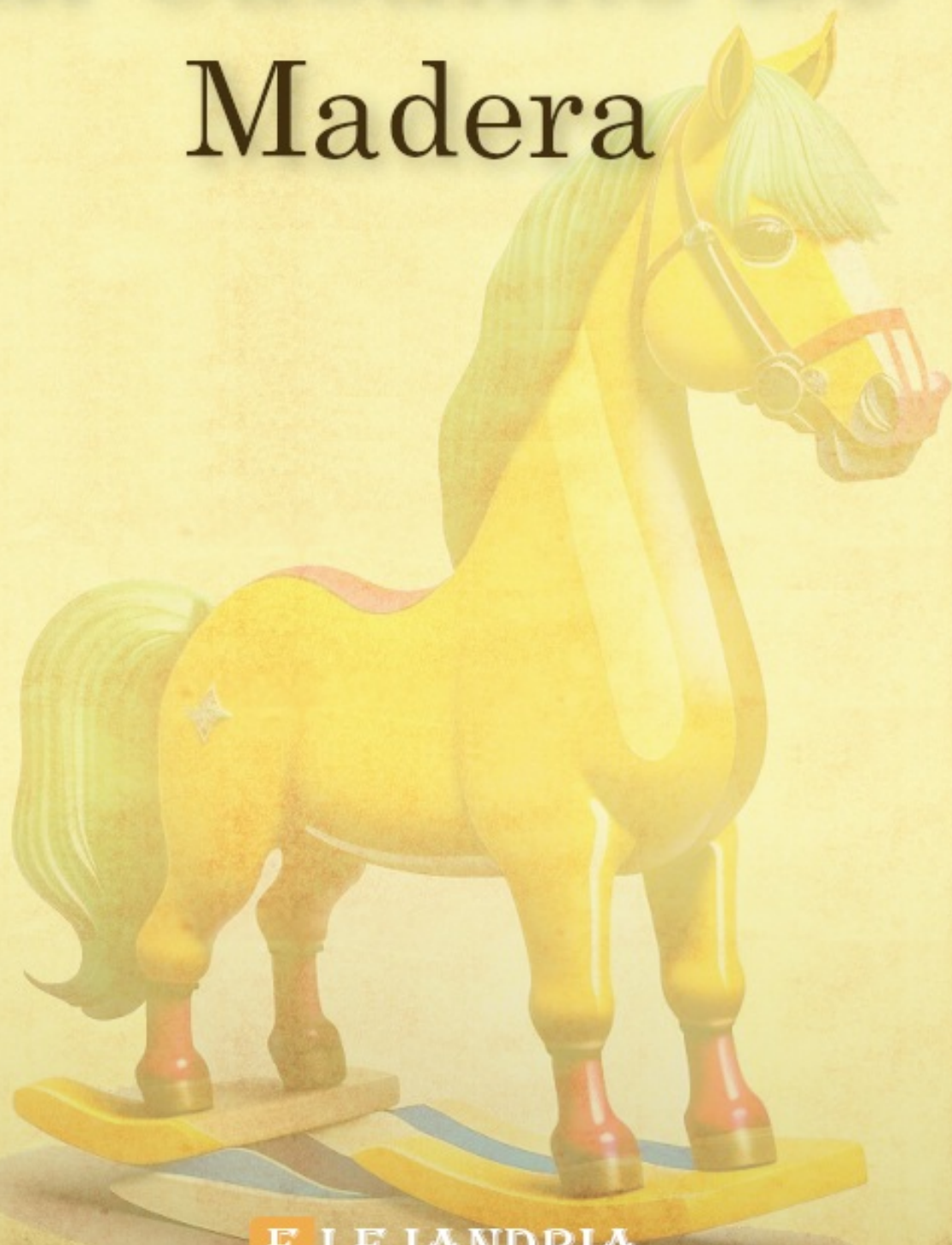


D. H. Lawrence

El Caballito De
Madera



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL CABALLITO DE MADERA

D. H. LAWRENCE

**PUBLICADO: 1926
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG**

TRADUCCIÓN PROPIA DE ELEJANDRÍA

EL CABALLITO DE MADERA

Había una mujer que era hermosa, que partía con todas las ventajas, y sin embargo no tuvo suerte. Se casó por amor, y el amor se convirtió en polvo. Tenía hijos hermosos, pero sentía que se los habían impuesto y no podía amarlos. La miraban con frialdad, como si la estuvieran criticando. Y se apresuró a sentir que debía ocultar algún defecto en sí misma. Pero nunca supo qué era lo que debía ocultar. Sin embargo, cuando sus hijos estaban presentes, siempre sentía que el centro de su corazón se endurecía. Esto la inquietaba, y se mostraba más amable y ansiosa por sus hijos, como si los quisiera mucho. Sólo ella misma sabía que en el centro de su corazón había un pequeño y duro lugar que no podía sentir amor, no, no por nadie. Todo el mundo decía de ella: "Es tan buena madre. Adora a sus hijos". Sólo ella y sus hijos sabían que no era así. Lo leían en los ojos de los demás.

Eran un niño y dos niñas. Vivían en una casa agradable, con jardín, tenían criados discretos y se sentían superiores a todos los vecinos.

Aunque vivían con estilo, sentían siempre ansiedad en la casa. Nunca había suficiente dinero. La madre tenía unos pequeños ingresos, y el padre también, pero ni de lejos suficientes para la posición social que debían mantener. El padre iba a la ciudad a trabajar en alguna oficina. Pero aunque tenía buenas perspectivas, éstas nunca se materializaban. La sensación de escasez de dinero era constante, aunque el estilo siempre se mantenía.

Por fin la madre dijo: "Voy a ver si puedo hacer algo". Pero no sabía por dónde empezar. Se devanó los sesos y probó una cosa y otra, pero no pudo encontrar nada que tuviera éxito. El fracaso hizo que se le dibujaran profun-

das arrugas en la cara. Sus hijos crecían, tenían que ir a la escuela. Tiene que haber más dinero, tiene que haber más dinero. El padre, que siempre fue muy guapo y caro en sus gustos, parecía que nunca sería capaz de hacer nada que mereciera la pena. Y a la madre, que creía mucho en sí misma, no le iba mejor, y sus gustos eran igual de caros.

Y así, la casa llegó a ser perseguida por la frase tácita: ¡Tiene que haber más dinero! ¡Tiene que haber más dinero! Los niños la oían todo el tiempo, aunque nadie la decía en voz alta. La oían en Navidad, cuando los juguetes caros y espléndidos llenaban el cuarto de los niños. Detrás del moderno y reluciente caballito mecedor, detrás de la elegante casa de muñecas, una voz empezaba a susurrar: "¡Tiene que haber más dinero! Tiene que haber más dinero". Y los niños dejaban de jugar para escuchar un momento. Se miraban a los ojos para ver si todos habían oído. Y cada uno veía en los ojos de los otros dos que también habían oído. "¡Tiene que haber más dinero! Tiene que haber más dinero".

Salió susurrando de los resortes del caballo que aún se balanceaba, e incluso el caballo, agachando su cabeza de madera, lo oyó. La gran muñeca, sentada en su nuevo cochecito, tan sonrosada y sonriente, lo oía claramente, y parecía sonreír aún más consciente de sí misma por ello. También el tonto cachorro, que ocupaba el lugar del osito de peluche, parecía tan extraordinariamente tonto por la única razón de que oía el susurro secreto por toda la casa: "Tiene que haber más dinero".

Sin embargo, nadie lo decía en voz alta. El susurro estaba en todas partes, y por eso nadie lo decía. Igual que nadie dice nunca: "¡Estamos respirando!", a pesar de que el aliento va y viene todo el tiempo.

"¡Mamá!", dijo un día el niño Paul. "¿Por qué no tenemos un coche propio? ¿Por qué siempre usamos el del tío, o un taxi?"

"Porque somos los pobres de la familia", dijo la madre.

"¿Pero por qué lo somos, madre?"

"Bueno... supongo", dijo ella lenta y amargamente, "que es porque tu padre no tiene suerte".

El niño guardó silencio durante algún tiempo.

"¿La suerte es dinero, madre?" preguntó, más bien tímidamente.

"No, Paul. No del todo. Es lo que hace que tengas dinero".

"¡Oh!", dijo Paul vagamente. "Creía que cuando tío Oscar decía asquerosa suerte, significaba dinero".

"Lucro asqueroso sí significa dinero", dijo la madre. "Pero es lucro, no suerte".

"¡Oh!", dijo el niño. "Entonces, ¿qué es la suerte, madre?"

"Es lo que hace que tengas dinero. Si tienes suerte tienes dinero. Por eso es mejor nacer con suerte que rico. Si eres rico, puedes perder tu dinero. Pero si tienes suerte, siempre tendrás más dinero".

"¡Oh! ¡Lo tendrás! ¿Y padre no tiene suerte?"

"Muy desafortunado, diría yo", dijo ella con amargura.

El chico la observó con ojos inseguros.

"¿Por qué?", preguntó.

"No lo sé. Nadie sabe nunca por qué una persona tiene suerte y otra no".

"¿No? ¿Nadie? ¿Nadie lo sabe?"

"¡Quizás Dios! Pero Él nunca lo dice".

"Debería hacerlo, entonces. ¿Y tú tampoco tienes suerte, madre?"

"No puedo serlo, si me casé con un marido desafortunado".

"Pero tú sola, ¿no?"

"Solía pensar que lo era, antes de casarme. Ahora creo que tengo muy mala suerte".

"¿Por qué?"

"Bueno... ¡no importa! Tal vez no lo soy realmente", dijo ella.

El niño la miró, para ver si lo decía en serio. Pero vio, por las líneas de su boca, que ella sólo trataba de ocultarle algo.

"Bueno, de todos modos", dijo con firmeza, "soy una persona afortunada".

"¿Por qué?", dijo su madre con una risa repentina.

Él la miró fijamente. Ni siquiera sabía por qué lo había dicho.

"Me lo ha dicho Dios", afirmó con descaro.

"¡Espero que lo haya hecho, querido!", dijo ella, de nuevo con una carcajada, pero bastante amarga.

"¡Me lo dijo, madre!"

"¡Excelente!", dijo la madre, utilizando una de las exclamaciones de su marido.

El muchacho vio que ella no le creía; o más bien, que no prestaba atención a su afirmación. Esto le enfureció en cierto modo y le dio ganas de llamar su atención.

Se marchó solo, vagamente, de manera infantil, buscando la pista de la "suerte". Absorto, sin prestar atención a los demás, iba con una especie de sigilo, buscando interiormente la suerte. Quería suerte, la quería, la quería. Cuando las dos niñas jugaban a las muñecas, en el cuarto de los niños, él se sentaba en su gran caballo balancín, embistiendo locamente hacia el espacio, con un frenesí que hacía que las niñas lo miraran con inquietud. El caballo corría salvajemente, el ondulante cabello oscuro del niño se agitaba, sus ojos tenían un extraño brillo. Las niñas no se atrevían a hablarle.

Cuando hubo llegado al final de su pequeño y alocado viaje, bajó del caballo y se quedó de pie frente a él, mirándole fijamente a la cara. Tenía la boca roja ligeramente abierta y los ojos grandes y brillantes.

"¡Ahora!", ordenaba en silencio al corcel resoplando. "¡Llévame adonde hay suerte! Llévame ahora".

Y golpeaba al caballo en el cuello con el pequeño látigo que le había pedido al tío Oscar. Sabía que el caballo podía llevarlo a donde había suerte, si lo forzaba. Así que montaba de nuevo y emprendía su furiosa cabalgata, con la esperanza de llegar al fin. Sabía que podía llegar.

"¡Vas a romper tu caballo, Paul!", dijo la enfermera.

"Siempre cabalga así. Ojalá lo dejara", dijo su hermana mayor, Joan.

Pero él se limitó a mirarlas en silencio. La enfermera lo abandonó. No podía hacer nada con él. De todos modos, cada vez la superaba más.

Un día su madre y su tío Oscar entraron cuando él estaba en uno de sus furiosos paseos. No les dirigió la palabra.

"¡Hola, joven jinete! ¿Cabalgando un ganador?", dijo su tío.

"¿No estás creciendo demasiado para un caballo de balancín? Ya no eres tan pequeño", dijo su madre.

Pero Paul se limitó a lanzar una mirada azul desde sus grandes ojos, más bien cerrados. No hablaba con nadie cuando estaba en plena efervescencia. Su madre le observaba con expresión ansiosa.

Por fin dejó de forzar el galope mecánico de su caballo y se deslizó hacia abajo.

"¡Bueno, ya he llegado!", anunció con fiereza, con sus ojos azules aún encendidos y sus robustas y largas piernas separadas a horcajadas.

"¿Adónde has llegado?", preguntó su madre.

"Adonde quería ir", le respondió él con una llamada.

"¡Eso es, hijo!", dijo el tío Oscar. "No pares hasta llegar allí. ¿Cómo se llama el caballo?"

"No tiene nombre", dijo el chico.

"¿Sigue sin tenerlo?", preguntó el tío.

"Bueno, tiene diferentes nombres. La semana pasada se llamaba Sansovino".

"Sansovino, ¿eh? Ganó el Ascot. ¿Cómo supo su nombre?"

"Siempre habla de carreras de caballos con Bassett", dijo Joan.

El tío estaba encantado de descubrir que su pequeño sobrino estaba al tanto de todas las noticias de las carreras. Bassett, el joven jardinero que había sido herido en el pie izquierdo en la guerra, y que había conseguido su empleo actual a través de Oscar Cresswell, de quien había sido batman, era una hoja perfecta del "turf". Vivía en las carreras, y el pequeño vivía con él.

Oscar Cresswell lo consiguió todo de Bassett.

"El señorito Paul viene y me pregunta, así que no puedo hacer más que contárselo, señor", dijo Bassett, con el rostro terriblemente serio, como si

estuviera hablando de asuntos religiosos.

"¿Y alguna vez le pone algo a un caballo que se le antoja?"

"Bueno... no quiero delatarlo... es un joven deportista, un buen deportista, señor. ¿Le importaría preguntarle a él mismo? Es una especie de placer para él, y tal vez sentiría que lo estoy regalando, señor, si no le importa".

Bassett estaba serio como una iglesia.

El tío volvió con su sobrino y lo llevó a dar una vuelta en el coche.

"Dime, Paul, viejo, ¿alguna vez has montado algo a caballo?", preguntó el tío.

El muchacho observó atentamente al apuesto hombre.

"¿Por qué, crees que no debería?", replicó.

"¡Ni un poco! Pensé que tal vez podría darme una propina para el Lincoln".

El coche se adentró en el campo, hacia la casa del tío Oscar en Hampshire.

"¿Honor brillante?" dijo el sobrino.

"¡Honor brillante, hijo!" dijo el tío.

"Bueno, entonces, Daffodil."

"¡Daffodil! Lo dudo, hijo. ¿Y Mirza?"

"Sólo conozco al ganador", dijo el chico. "¡Ese es Daffodil!"

"Narciso, ¿eh?" Hubo una pausa. Daffodil era un caballo poco conocido comparativamente.

"¡Tío!"

"¿Sí, hijo?"

"No dejarás que vaya más lejos, ¿verdad? Se lo prometí a Bassett".

"¡Al diablo con Bassett, viejo! ¿Qué tiene que ver él con esto?"

"¡Somos socios! ¡Hemos sido socios desde el principio! Tío, él me prestó mis primeros cinco chelines, que perdí. Le prometí, brillante de honor, que

sólo quedaba entre él y yo: sólo tú me diste aquel billete de diez chelines con el que empecé a ganar, así que pensé que tenías suerte. No dejarás que vaya a más, ¿verdad?"

El muchacho miró a su tío con aquellos ojos azules, grandes y ardientes, muy juntos. El tío se revolvió y rió inquieto.

"¡Tienes razón, hijo! Mantendré tu consejo en privado. Narciso, ¡eh! ¿Cuánto le estás poniendo?"

"Todo menos veinte libras", dijo el muchacho. "Eso lo guardo en reserva".

Al tío le pareció una buena broma.

"Guardas veinte libras en reserva, ¿verdad, joven romántico? ¿Qué apuestas, entonces?"

"Apuesto trescientas", dijo el chico seriamente. "¡Pero es entre tú y yo, tío Oscar! ¿Honor brillante?"

El tío soltó una carcajada.

"Está entre tú y yo, joven Nat Gould", dijo riendo. "Pero, ¿dónde están tus trescientos?"

"Bassett me los guarda. Somos socios".

"¡Lo sois, lo sois! ¿Y qué le pone Bassett a Daffodil?"

"No subirá tanto como yo, supongo. Tal vez llegue a ciento cincuenta".

"¿Qué, peniques?", rió el tío.

"Libras", dijo el niño, mirando sorprendido a su tío. "Bassett guarda una reserva mayor que yo".

Entre asombrado y divertido, el tío Oscar guardó silencio. No insistió más en el asunto, pero decidió llevar a su sobrino con él a las carreras de Lincoln.

"Ahora, hijo", dijo, "apuesto veinte a Mirza, y pondré cinco para ti en cualquier caballo que te apetezca. ¿Cuál eliges?"

"¡Daffodil, tío!"

"¡No, no los cinco a Daffodil!"

"Lo haría si fueran mis cinco libras", dijo el niño.

"¡Bien! Muy bien. Tienes razón. Cinco para mí y cinco para ti en Daffodil".

El niño no había estado nunca en una carrera, y sus ojos eran fuego azul. Frunció la boca y se quedó mirando. Un francés, justo delante, había apostado por Lancelot. Enloquecido por la emoción, movía los brazos arriba y abajo, gritando "¡Lancelot! Lancelot/" en su acento francés.

Daffodil llegó primero, Lancelot segundo y Mirza tercero. El niño, sonrojado y con los ojos llameantes, estaba curiosamente sereno. Su tío le trajo cinco billetes de cinco libras: cuatro a uno.

"¿Qué voy a hacer con éstos?", gritó, agitándolos ante los ojos del niño.

"Supongo que hablaremos con Bassett", dijo el muchacho. "Supongo que ahora tengo mil quinientos: y veinte en reserva: y estos veinte".

Su tío lo estudió durante unos instantes.

"¡Mira, hijo!", dijo. "No estarás hablando en serio de Bassett y esos mil quinientos, ¿verdad?".

"Sí, lo digo en serio. Pero es entre tú y yo, tío. ¡Honra brillante!"

"¡Honor brillante, hijo! Pero debo hablar con Bassett".

"Si quieres ser socio, tío, con Bassett y conmigo, todos podríamos ser socios. Sólo tienes que prometer, tío, que no irás más allá de nosotros tres. Bassett y yo somos afortunados, y tú debes ser afortunado, porque fueron tus diez chelines con los que empecé a ganar. . ."

El tío Oscar llevó a Bassett y a Paul a pasar una tarde en Richmond Park, y allí hablaron.

"Es así, verá, señor", dijo Bassett. "El señorito Paul me ponía a hablar de eventos de carreras, hilando hilos, ya sabe, señor. Y siempre le interesaba saber si había ganado o perdido. Hace ya un año que aposté cinco chelines a Blush of Dawn por él, y perdimos. Entonces la suerte cambió, con los diez chelines que recibió de ti, que apostamos en Singhalese. Y desde entonces, ha sido bastante estable, considerando todas las cosas. ¿Qué dice usted, Maestro Paul?"

"Estamos bien cuando estamos seguros", dijo Paul. "Es cuando no estamos del todo seguros cuando nos hundimos".

"Oh, pero entonces tenemos cuidado", dijo Bassett.

"¿Pero cuándo estás seguro?" sonrió el tío Oscar.

"Es el señorito Paul, señor", dijo Bassett, con voz secreta y religiosa. "Es como si le hubiera caído del cielo. Como Daffodil ahora, por el Lincoln. Eso era tan seguro como los huevos".

"¿Le pusiste algo a Daffodil?" preguntó Oscar Cresswell.

"Sí, señor. Puse mi granito de arena".

"¿Y mi sobrino?"

Bassett se quedó obstinadamente callado, mirando a Paul.

"Hice mil doscientos, ¿verdad, Bassett? Le dije al tío que iba a poner trescientos en Daffodil".

"Así es", dijo Bassett, asintiendo.

"Pero, ¿dónde está el dinero?", preguntó el tío.

"Lo tengo bien guardado, señor. El señorito Paul, puede tenerlo en cualquier momento que quiera pedirlo".

"¿Qué, mil quinientas libras?"

"¡Y veinte! Y cuarenta, es decir, con las veinte que ganó en el curso".

"¡Es increíble!", dijo el tío.

"Si el señorito Paul les ofrece ser socios, señor, yo lo haría, si fuera usted: si me disculpa", dijo Bassett.

Oscar Cresswell se lo pensó.

"Veré el dinero", dijo.

Condujeron de nuevo a casa y, efectivamente, Bassett llegó a la casa del jardín con mil quinientas libras en billetes. Las veinte libras de reserva se las había dejado Joe Glee, en el depósito de la Comisión del Turf.

"¡Ya ves, todo va bien, tío, cuando estoy seguro! Entonces vamos fuerte, por todo lo que valemos. ¿Verdad, Bassett?"

"Eso hacemos, señorito Paul".

"¿Y cuándo estás seguro?" dijo el tío, riendo.

"Oh, bueno, a veces estoy completamente seguro, como sobre Daffodil," dijo el muchacho; "y a veces tengo una idea; y a veces ni siquiera tengo una idea, ¿verdad, Bassett? Entonces tenemos cuidado, porque casi siempre bajamos".

"¡Así es, así es! Y cuando estás seguro, como sobre Daffodil, ¿qué te hace estar seguro, hijito?"

"Oh, bueno, no lo sé", dijo el chico inquieto. "Estoy seguro, ya sabes, tío; eso es todo".

"Es como si le hubiera caído del cielo, señor", reiteró Bassett.

"¡Yo diría que sí!", dijo el tío.

Pero se hizo socio. Y cuando se acercaba el Leger, Paul estaba "seguro" de Lively Spark, que era un caballo bastante despreciable. El chico insistió en apostar mil por el caballo, Bassett apostó quinientos y Oscar Cresswell doscientos. Lively Spark llegó primero, y las apuestas habían sido diez a uno en su contra. Paul había ganado diez mil.

"Ya ves", dijo, "estaba absolutamente seguro de él".

Incluso Oscar Cresswell había ganado dos mil.

"Mira, hijo", dijo, "este tipo de cosas me ponen nervioso".

"¡No tiene por qué, tío! Quizá no vuelva a estar seguro en mucho tiempo".

"Pero, ¿qué vas a hacer con tu dinero?", preguntó el tío.

"Por supuesto", dijo el muchacho, "lo empecé para mamá. Ella dijo que no tenía suerte, porque padre no tiene suerte, así que pensé que si yo tenía suerte, podría dejar de susurrar."

"¿Qué podría detener los susurros?"

"¡Nuestra casa! Odio nuestra casa por susurrar".

"¿Qué susurra?"

"Por qué... por qué..." -el niño se inquietó- "¡Por qué, no lo sé! Pero siempre falta dinero, ya lo sabes, tío".

"Lo sé, hijo, lo sé".

"Sabes que la gente envía cartas a mamá, ¿verdad, tío?"

"Me temo que sí", dijo el tío.

"Y luego la casa susurra como quien se ríe de ti a tus espaldas. ¡Es horrible! Pensé que si tenía suerte..."

"Podrías pararlo", añadió el tío.

El muchacho lo miró con sus grandes ojos azules, que tenían un extraño fuego frío, y no dijo ni una palabra.

"¡Pues bien!", dijo el tío. "¿Qué vamos a hacer?"

"No me gustaría que mamá supiera que he tenido suerte", dijo el chico.

"¿Por qué no, hijo?"

"Me lo impediría.

"No creo que lo hiciera".

"¡Oh!" --y el muchacho se retorció de un modo extraño-- "No quiero que ella lo sepa, tío".

"¡Muy bien, hijo! Nos las arreglaremos sin que se entere".

Se las arreglaron muy fácilmente. Paul, por sugerencia del otro, entregó cinco mil libras a su tío, quien las depositó en el abogado de la familia, que a su vez debía informar a la madre de Paul de que un pariente había puesto cinco mil libras en sus manos, suma que se pagaría mil libras cada vez, en el cumpleaños de la madre, durante los cinco años siguientes.

"Así que tendrá un regalo de cumpleaños de mil libras durante cinco años seguidos", dijo el tío Oscar. "Espero que eso no se lo haga más difícil después".

La madre de Paul cumplía años en noviembre. La casa había estado "susurrando" peor que nunca últimamente, e incluso a pesar de su suerte, Paul no podía soportarlo. Estaba muy ansioso por ver el efecto de la carta de cumpleaños, contándole a su madre lo de las mil libras.

Cuando no había visitas, Paul tomaba ahora sus comidas con sus padres, ya que estaba fuera del control de la guardería. Su madre iba a la ciudad casi todos los días. Había descubierto que tenía una extraña habilidad para dibujar pieles y materiales de vestir, así que trabajaba en secreto en el estudio de un amigo que era el "artista" jefe de los principales pañeros. Dibujaba las figuras de damas vestidas con pieles y damas vestidas con seda y lentejuelas para los anuncios de los periódicos. Esta joven artista ganaba varios miles de libras al año, pero la madre de Paul sólo ganaba varios cientos, y de nuevo se sentía insatisfecha. Deseaba tanto ser la primera en algo, y no lo conseguía, ni siquiera haciendo bocetos para anuncios de paños.

La mañana de su cumpleaños fue a desayunar. Paul observó su rostro mientras leía sus cartas. Conocía la carta del abogado. A medida que su madre la leía, su rostro se endurecía y se volvía más inexpresivo. Luego, una mirada fría y decidida apareció en su boca. Escondió la carta bajo el montón de las demás y no dijo ni una palabra al respecto.

"¿No has recibido nada bonito por correo por tu cumpleaños, madre?"

"Moderadamente bonito", respondió ella, con voz fría y ausente.

Se marchó a la ciudad sin decir nada más.

Pero por la tarde apareció el tío Oscar. Dijo que la madre de Paul había tenido una larga entrevista con el abogado, preguntándole si no podían adelantarle los cinco mil de una vez, ya que estaba endeudada.

"¿Qué te parece, tío?", dijo el muchacho.

"Te lo dejo a ti, hijo".

"¡Pues que se los dé! Podemos conseguir algo más con el otro", dijo el muchacho.

"¡Más vale pájaro en mano que dos volando!", dijo el tío Oscar.

"Pero estoy seguro de saber para el Grand National; o el Lincolnshire; o bien el Derby. Estoy seguro de saber para uno de ellos", dijo Paul.

Así que tío Oscar firmó el acuerdo y la madre de Paul tocó los cinco mil enteros. Entonces ocurrió algo muy curioso. Las voces en la casa se volvieron locas de repente, como un coro de ranas en una tarde de primavera. Había algunos muebles nuevos, y Paul tenía un tutor. Iba a ir a Eton, la escuela

de su padre, el otoño siguiente. Había flores en invierno, y un florecimiento del lujo al que la madre de Paul había estado acostumbrada. Y, sin embargo, las voces de la casa, detrás de los ramilletes de mimosas y almendros, y desde debajo de los montones de cojines iridiscentes, no hacían más que trinar y gritar en una especie de éxtasis: "¡Tiene que haber más dinero! ¡Oh-h-h! ¡Tiene que haber más dinero! Oh, ahora... ahora... debe haber más dinero... ¡más que nunca! Más que nunca".

Paul se asustó terriblemente. Estudió latín y griego con sus tutores. Pero sus horas intensas las pasaba con Bassett. Había pasado el Grand National: no se había "enterado", y había perdido cien libras. Se acercaba el verano. Agonizaba por el Lincoln. Pero ni siquiera para el Lincoln "supo", y perdió cincuenta libras. Se le pusieron los ojos desorbitados y extraños, como si algo fuera a explotar en él.

"¡Déjalo, hijo! No te preocupes por eso", le instó el tío Oscar. Pero era como si el muchacho no oyera realmente lo que su tío decía.

"¡Tengo que saberlo por el Derby! Tengo que saberlo para el Derby", repetía el niño, con sus grandes ojos azules ardiendo en una especie de locura.

Su madre se dio cuenta de lo alterado que estaba.

"Será mejor que vayas al mar. ¿No te gustaría ir ahora a la playa, en vez de esperar? Creo que es lo mejor", le dijo, mirándole ansiosa, con el corazón curiosamente oprimido por su culpa.

Pero el niño levantó sus extraños ojos azules.

"No podría ir antes del Derby, madre", dijo. "¡No podría!"

"¿Por qué no?" dijo ella, su voz se hizo pesada al oponerse. "¿Por qué no? Todavía puedes ir desde la costa a ver el Derby con tu tío Oscar, si es lo que deseas. No hace falta que esperes aquí. Además, creo que te preocupas demasiado por estas carreras. Es una mala señal. Mi familia ha sido una familia de jugadores, y no sabrás hasta que crezcas cuánto daño ha hecho. Pero ha hecho daño. Tendré que despedir a Bassett y pedirle a tío Oscar que no te hable de carreras, a menos que prometas ser razonable al respecto: vete a la playa y olvídale. Estás hecha un manojo de nervios".

"Haré lo que quieras, madre, siempre que no me mandes lejos hasta después del Derby", dijo el chico.

"¿Mandarte lejos de dónde? ¿Sólo de esta casa?"

"Sí", dijo mirándola.

"¿Por qué, niño curioso, te preocupas tanto por esta casa, de repente? Nunca supe que la amaras".

La miró sin hablar. Tenía un secreto dentro de otro secreto, algo que no había divulgado, ni siquiera a Bassett o a su tío Oscar.

Pero su madre, después de permanecer indecisa y un poco hosca durante unos instantes, dijo:

"¡Muy bien, entonces! No vayas a la playa hasta después del Derby, si no lo deseas. Pero prométeme que no perderás los nervios. Prométeme que no pensarás tanto en las carreras de caballos y en los acontecimientos, como tú los llamas".

"¡Oh, no!", dijo el muchacho, despreocupado. "No pensaré mucho en ellos, madre. No tienes por qué preocuparte. Yo no me preocuparía, madre, si fuera tú".

"Si tú fueras yo y yo fuera tú", dijo su madre, "¿me pregunto qué haríamos!".

"Pero sabes que no tienes por qué preocuparte, madre, ¿verdad?", repitió el chico.

"Me alegraría muchísimo saberlo", dijo ella con cansancio.

"Oh, bueno, puedes, ya sabes. Quiero decir que deberías saber que no tienes por qué preocuparte", insistió él.

"¿Debería? Entonces me ocuparé de ello", dijo ella.

El secreto de Paul era su caballo de madera, el que no tenía nombre. Desde que se había emancipado de una enfermera y una institutriz de guardería, le habían trasladado su caballito de madera a su propio dormitorio, en lo alto de la casa.

"¡Seguro que eres demasiado grande para un caballito de balancín!", le había dicho su madre.

"Bueno, ya ves, madre, hasta que pueda tener un caballo de verdad, me gusta tener algún tipo de animal cerca", había sido su pintoresca respuesta.

"¿Sientes que te hace compañía?", se rió ella.

"¡Oh, sí! Es muy bueno, siempre me hace compañía cuando estoy allí", dijo Paul.

Así que el caballo, bastante destartado, se quedó en la habitación del chico haciendo cabriolas.

Se acercaba el Derby y el chico se ponía cada vez más tenso. Apenas oía lo que le hablaban, estaba muy frágil y sus ojos eran realmente extraños. Su madre tenía repentinos y extraños ataques de inquietud por él. A veces, durante media hora, sentía por él una repentina ansiedad que era casi angustia. Quería correr hacia él de inmediato y saber que estaba a salvo.

Dos noches antes del Derby, estaba en una gran fiesta en la ciudad, cuando uno de sus ataques de ansiedad por su hijo, su primogénito, se apoderó de su corazón hasta que apenas podía hablar. Luchó contra el sentimiento con todas sus fuerzas, pues creía en el sentido común. Pero era demasiado fuerte. Tuvo que dejar el baile y bajar a telefonar al campo. La institutriz de la guardería de los niños estaba terriblemente sorprendida y asustada de que la llamaran por teléfono por la noche.

"¿Están bien los niños, Srta. Wilmot?"

"Oh, sí, están muy bien."

"¿El señorito Paul? ¿Se encuentra bien?"

"Se fue a la cama tan bien como un trébol. ¿Subo a verlo?"

"¡No!" dijo la madre de Paul de mala gana. "¡No! No te molestes. No pasa nada. No te levantes. Pronto estaremos en casa". No quería que se invadiera la intimidad de su hijo.

"Muy bien", dijo la institutriz.

Era alrededor de la una cuando la madre y el padre de Paul llegaron a su casa. Todo estaba en calma. La madre de Paul fue a su habitación y se quitó la capa de piel blanca. Le había dicho a su criada que no la esperara levantada. Oyó a su marido abajo, preparando un whisky con soda.

Y entonces, debido a la extraña ansiedad que sentía en su corazón, subió a la habitación de su hijo. Sin hacer ruido, recorrió el pasillo superior. ¿Se oía un ruido débil? ¿Qué era?

Se detuvo, con los músculos contraídos, frente a la puerta de su hijo, escuchando. Se oyó un ruido extraño, pesado, pero no fuerte. Su corazón se detuvo. Era un ruido insonoro, pero rápido y poderoso. Algo enorme, en movimiento violento y silencioso. ¿Qué era? Por el amor de Dios, ¿qué era? Debería saberlo. Sentía que conocía el ruido. Sabía lo que era.

Pero no podía ubicarlo. No podía decir qué era. Y seguía y seguía, como una locura.

Suavemente, paralizada por la ansiedad y el miedo, giró el picaporte.

La habitación estaba a oscuras. Sin embargo, en el espacio cercano a la ventana, oyó y vio algo que se precipitaba de un lado a otro. Miró con miedo y asombro.

De pronto encendió la luz y vio a su hijo, con su pijama verde, subido como un loco en su caballo balancín. El resplandor de la luz le iluminó de repente, mientras empujaba el caballito de madera, y la iluminó a ella, que estaba de pie, rubia, con su vestido de verde pálido y cristal, en el umbral de la puerta.

"¡Paul!", gritó. "¿Qué estás haciendo?"

"¡Es Malabar!" gritó él, con una voz potente y extraña. "¡Es Malabar!"

Sus ojos la miraron durante un extraño e insensato segundo, mientras dejaba de empujar su caballo de madera. Entonces cayó con estrépito al suelo, y ella, con toda su atormentada maternidad inundándola, corrió a recogerlo.

Pero él estaba inconsciente, e inconsciente permaneció, con alguna fiebre cerebral. Hablaba y se agitaba, y su madre permanecía inmóvil a su lado.

"¡Malabar! ¡Es Malabar! Bassett, Bassett, lo sé: ¡es Malabar!".

Así gritaba el niño, tratando de levantarse y urgir al caballo balancín que le daba su inspiración.

"¿Qué quiere decir con Malabar?", preguntó la madre con el corazón helado.

"No lo sé", respondió el padre, pétreo.

"¿Qué quiere decir con Malabar?", preguntó a su hermano Oscar.

"Es uno de los caballos que corren para el Derby", fue la respuesta.

Y, a su pesar, Oscar Cresswell habló con Bassett, y él mismo apostó mil a Malabar: catorce a uno.

El tercer día de la enfermedad fue crítico: estaban pendientes de un cambio. El muchacho, con su pelo bastante largo y rizado, se revolvía sin cesar en la almohada. Ni dormía ni recobraba el conocimiento, y sus ojos eran como piedras azules. Su madre estaba sentada, sintiendo que su corazón se había ido, convertido realmente en una piedra.

Por la noche, Oscar Cresswell no vino, pero Bassett le envió un mensaje, diciendo que si podía subir un momento, sólo un momento. La madre de Paul se enfadó mucho por la intrusión, pero pensándolo mejor accedió. El niño estaba igual. Quizá Bassett podría hacerle recobrar el conocimiento.

El jardinero, un tipo bajito con un pequeño bigote castaño y agudos ojos marrones, entró de puntillas en la habitación, tocó con su gorra imaginaria a la madre de Paul y se acercó a la cabecera de la cama, mirando fijamente con ojos brillantes y pequeños al niño agitado y moribundo.

"¡Señorito Paul!", susurró. "¡Señorito Paul! Malabar llegó primero, una victoria limpia. Hice lo que me dijiste. Has ganado más de setenta mil libras; tienes más de ochenta mil. Malabar llegó bien, amo Paul".

"¡Malabar! ¡Malabar! ¿He dicho Malabar, madre? ¿He dicho Malabar? ¿Crees que tengo suerte, madre? Conocía Malabar, ¿verdad? ¡Más de ochenta mil libras! Yo llamo a eso suerte, ¿no, madre? ¡Más de ochenta mil libras! Lo sabía, ¿no sabía que lo sabía? Malabar entró bien. Si monto a caballo hasta estar seguro, entonces te digo, Bassett, que puedes llegar tan alto como quieras. ¿Apostaste todo lo que valías, Bassett?"

"Le aposté mil, amo Paul".

"Nunca te dije, madre, que si puedo montar mi caballo, y llegar allí, entonces estoy absolutamente seguro--¡oh, absolutamente! Madre, ¿te lo he dicho alguna vez? Tengo suerte!"

"No, nunca lo hiciste", dijo la madre.

Pero el niño murió por la noche.

Y mientras yacía muerto, su madre oyó la voz de su hermano que le decía: "Dios mío, Hester, tienes ochenta y tantos mil para lo bueno, y un pobre diablo de hijo para lo malo. Pero, pobre diablo, pobre diablo, es mejor que

se vaya de una vida donde monta su caballo de balancín para encontrar un ganador".

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB